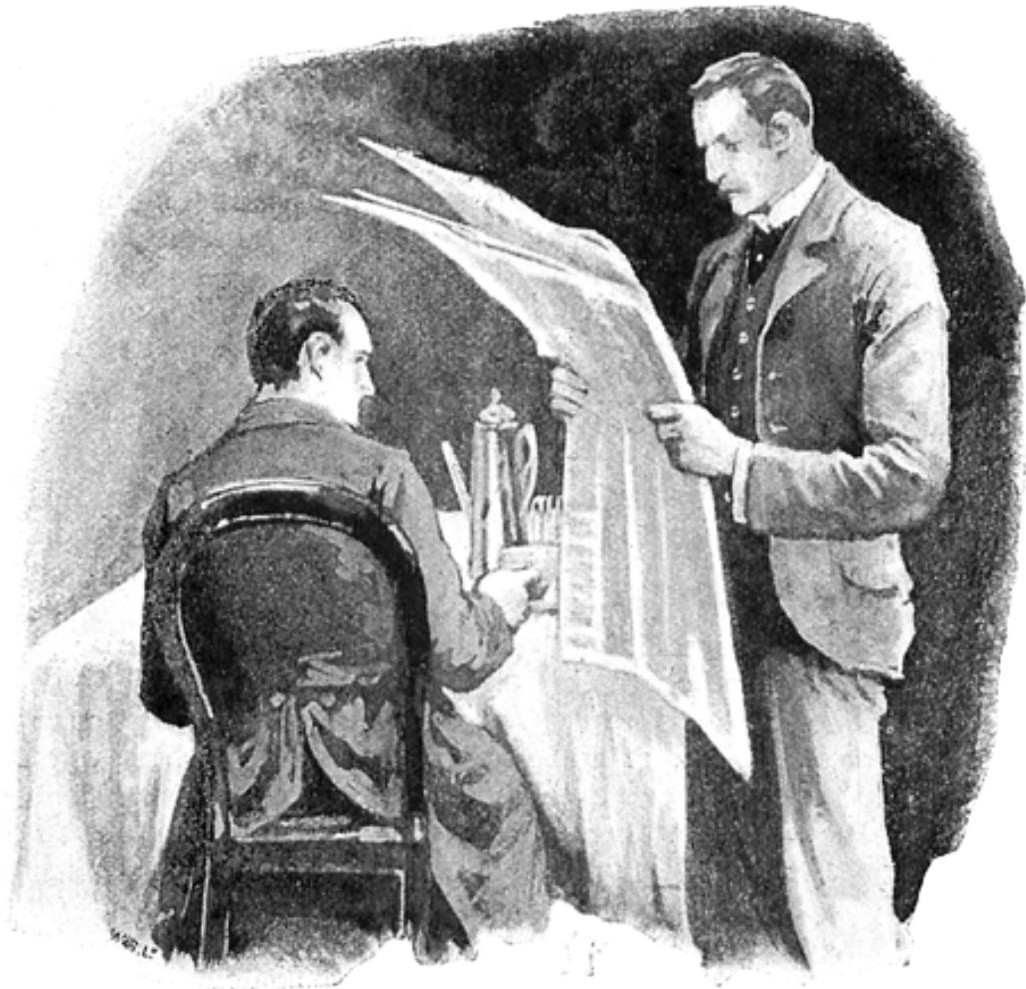


Las cinco semillas de naranja

Arthur Conan Doyle





<https://cuentosinfantiles.top>

Cuando repaso mis notas y apuntes de los casos de Sherlock Holmes entre los años 1882 y 1890, son tantos los que presentan aspectos extraños e interesantes que no resulta fácil decidir cuáles escoger y cuáles descartar. No obstante, algunos de ellos ya han recibido publicidad en la prensa y otros no ofrecían campo para las peculiares facultades que mi amigo poseía en tan alto grado, y que estos escritos tienen por objeto ilustrar. Hay también algunos que escaparon a su capacidad analítica y que, como narraciones, serían principios sin final; y otros sólo quedaron resueltos en parte, y su explicación se basa más en conjeturas y suposiciones que en la evidencia lógica absoluta a la que era tan aficionado. Sin embargo, hay uno de estos últimos tan notable en sus detalles y tan sorprendente en sus resultados que me siento tentado de hacer una breve exposición del mismo, a pesar de que algunos de sus detalles nunca han estado muy claros y, probablemente, nunca lo estarán.

El año 87 nos proporcionó una larga serie de casos de mayor o menor interés, de los cuales

conservo notas. Entre los archivados en estos doce meses, he encontrado una crónica de la aventura de la Sala Paradol, de la Sociedad de Mendigos Aficionados, que mantenía un club de lujo en la bóveda subterránea de un almacén de muebles; los hechos relacionados con la desaparición del velero británico Sophy Anderson; la curiosa aventura de la familia Grice Patersons en la isla de Uffa; y, por último, el caso del envenenamiento de Camberwell. Como se recordará, en este último caso Sherlock Holmes consiguió, dando toda la cuerda al reloj del muerto, demostrar que le habían dado cuerda dos horas antes y que, por lo tanto, el difunto se había ido a la cama durante ese intervalo... una deducción que resultó fundamental para resolver el caso. Es posible que en el futuro acabe de dar forma a todos éstos, pero ninguno de ellos presenta características tan sorprendentes como el extraño encadenamiento de circunstancias que me propongo describir a continuación.

Nos encontrábamos en los últimos días de septiembre, y las tormentas equinocciales se

nos habían echado encima con excepcional violencia. Durante todo el día, el viento había aullado y la lluvia había azotado las ventanas, de manera que hasta en el corazón del inmenso y artificial Londres nos veíamos obligados a elevar nuestros pensamientos, desviándolos por un instante de las rutinas de la vida, y aceptar la presencia de las grandes fuerzas elementales que rugen al género humano por entre los barrotes de su civilización, como fieras enjauladas. Según avanzaba la tarde, la tormenta se iba haciendo más ruidosa, y el viento aullaba y gemía en la chimenea como un niño. Sherlock Holmes estaba sentado melancólicamente a un lado de la chimenea, repasando sus archivos criminales, mientras yo me sentaba al otro lado, enfrascado en uno de los hermosos relatos marineros de Clark Russell, hasta que el fragor de la tormenta de fuera pareció fundirse con el texto, y el salpicar de la lluvia se transformó en el batir de las olas. Mi esposa había ido a visitar a una tía suya, y yo volvía a hospedarme durante unos días en mis antiguos aposentos de Baker Street.

—Caramba —dije, levantando la mirada hacia mi compañero—. ¿Eso ha sido el timbre de la puerta? ¿Quién podrá venir a estas horas? ¿Algún amigo suyo?

—Exceptuándole a usted, no tengo ninguno —respondió—. No soy aficionado a recibir visitas.

—¿Un cliente, entonces?

—Si lo es, se trata de un caso grave. Nadie saldría en un día como éste y a estas horas por algo sin importancia. Pero me parece más probable que se trate de una amiga de la casera.

Sin embargo, Sherlock Holmes se equivocaba en esta conjetura, porque se oyeron pasos en el pasillo y unos golpes en la puerta. Holmes estiró su largo brazo para apartar de su lado la lámpara y acercarla a la silla vacía en la que se sentaría el recién llegado.

—Adelante —dijo.

El hombre que entró era joven, de unos veintidós años a juzgar por su fachada, bien arreglado y elegantemente vestido, con cierto aire de refinamiento y delicadeza. El

chorreante paraguas que sostenía en la mano y su largo y reluciente impermeable hablaban bien a las claras de la furia temporal que había tenido que afrontar. Miró ansiosamente a su alrededor a la luz de la lámpara, y pude observar su rostro pálido y sus ojos abatidos, como los de quien se siente abrumado por una gran inquietud.

—Le debo una disculpa —dijo, alzándose hasta los ojos sus gafas—. Espero no interrumpir. Me temo que he traído algunos rastros de la tormenta y la lluvia a su acogedora habitación.

—Deme su impermeable y su paraguas —dijo Holmes—. Pueden quedarse aquí en el perchero hasta que se sequen. Veo que viene usted del suroeste.

—Sí, de Horsham.

—Esa mezcla de arcilla y yeso que veo en sus punteras es de lo más característico.

—He venido en busca de consejo.

—Eso se consigue fácilmente.

—Y de ayuda.

—Eso no siempre es tan fácil.

—He oído hablar de usted, señor Holmes. El mayor Prendergast me contó cómo le salvó usted en el escándalo del club Tankerville.

—¡Ah, sí! Se le acusó injustamente de hacer trampas con las cartas.

—Me dijo que usted es capaz de resolver cualquier problema.

—Eso es decir demasiado.

—Que jamás le han vencido.

—Me han vencido cuatro veces: tres hombres y una mujer.

—¿Pero qué es eso en comparación con el número de sus éxitos?

—Es cierto que por lo general he sido afortunado.

—Entonces, lo mismo puede suceder en mi caso.

—Le ruego que acerque su silla al fuego y me adelante algunos detalles del mismo.

—No se trata de un caso corriente.

—Ninguno de los que me llegan lo es. Soy como el último tribunal de apelación.

—Aun así, me permito dudar, señor, de que en todo el curso de su experiencia haya oído una cadena de sucesos más misteriosa e inexplicable que la que se ha forjado en mi familia.

—Me llena usted de interés —dijo Holmes—. Le ruego que nos comunique para empezar los hechos principales y luego ya le preguntaré acerca de los detalles que me parezcan más importantes.

El joven arrimó la silla y estiró los empapados pies hacia el fuego.

—Me llamo John Openshaw —dijo—, pero por lo que yo puedo entender, mis propios asuntos tienen poco que ver con este terrible enredo. Se trata de una cuestión hereditaria, así que, para que se haga usted una idea de los hechos, tengo que remontarme al principio de la historia.

Debe usted saber que mi abuelo tuvo dos hijos: mi tío Elías y mi padre Joseph. Mi padre tenía

una pequeña industria en Coventry, que amplió cuando se inventó la bicicleta. Patentó la llanta irrompible Openshaw, y su negocio tuvo tanto éxito que pudo venderlo y retirarse con una posición francamente saneada.

Mi tío Elías emigró a América siendo joven, y se estableció como plantador en Florida, donde parece que le fue muy bien. Durante la guerra sirvió con las tropas de Jackson, y más tarde con las de Hood, donde alcanzó el grado de coronel. Cuando Lee depuso las armas, mi tío regresó a su plantación, donde permaneció tres o cuatro años. Hacia mil ochocientos sesenta y nueve o mil ochocientos setenta, regresó a Europa y adquirió una pequeña propiedad en Sussex, cerca de Horsham. Había amasado una considerable fortuna en los Estados Unidos, y si se marchó de allí fue por su aversión a los negros y su disgusto por la política republicana de concederles la emancipación y el voto. Era un hombre muy particular, violento e irritable, muy malhablado cuando se enfurecía, y de carácter muy reservado. Durante todos los años que vivió en

Horsham, no creo que jamás viniera a la ciudad. Tenía un huerto y dos o tres campos alrededor de su casa, y allí solía hacer ejercicio, aunque muchas veces no salía de su habitación en semanas enteras. Bebía mucho brandy y fumaba sin parar, pero no se trataba con nadie y no quería amigos; ni siquiera quería ver a su hermano.

No le importaba verme a mí, y de hecho llegó a cogermelo gusto, porque la primera vez que me vio era un chaval de doce años. Esto debió ser hacia mil ochocientos setenta y ocho, cuando ya llevaba ocho o nueve años en Inglaterra. Le pidió a mi padre que me permitiera ir a vivir con él, y se portó muy bien conmigo, a su manera. Cuando estaba sobrio, le gustaba jugar al backgammon y a las damas, y me nombró representante suyo ante la servidumbre y los proveedores, de manera que para cuando cumplí dieciséis años yo ya era el amo de la casa. Controlaba todas las llaves y podía ir donde quisiera y hacer lo que me diera la gana, siempre que no invadiera su intimidad. Había, sin embargo, una curiosa excepción, porque

tenía un cuartito, una especie de trastero en el ático, que siempre estaba cerrado y en el que no permitía que entrara yo ni ningún otro. Con la curiosidad propia de los chicos, yo había mirado más de una vez por la cerradura, pero nunca pude ver nada, aparte de la obligada colección de baúles y bultos viejos que es de esperar en una habitación así.

Un día... esto fue en marzo de mil ochocientos ochenta y tres... depositaron una carta con sello extranjero sobre la mesa del coronel. Era muy raro que recibiera cartas, porque todas sus facturas las pagaba al contado y no tenía amigos de ninguna clase. «¡De la India! —dijo al cogerla—. ¡Matasellos de Pondicherry! ¿Qué puede ser esto?» La abrió apresuradamente y del sobre cayeron cinco semillas de naranja secas, que tintinearón sobre la bandeja. Casi me eché a reír, pero la risa se me borró de los labios al ver la cara de mi tío. Tenía la boca abierta, los ojos saltones, la piel del color de la cera, y miraba fijamente el sobre que aún sostenía en su mano temblorosa. «K. K. K., —

gimió, añadiendo luego—: ¡Dios mío, Dios mío, mis pecados me han alcanzado al fin!».

—¿Qué es eso, tío? —exclamé.

—¡La muerte! —dijo él, y levantándose de la mesa se retiró a su habitación, dejándome estremecido de horror. Recogí el sobre y vi, garabateada en tinta roja sobre la solapa interior, encima mismo del engomado, la letra K repetida tres veces. No había nada más, a excepción de las cinco semillas secas. ¿Cuál podía ser la razón de su incontenible espanto? Dejé la mesa del desayuno y, al subir las escaleras, me lo encontré bajando con una llave vieja y oxidada, que debía ser la del ático, en una mano, y una cajita de latón, como de caudales, en la otra.

—¡Pueden hacer lo que quieran, que aún los ganaré por la mano! —dijo con un juramento—. Dile a Mary que encienda hoy la chimenea de mi habitación y haz llamar a Fordham, el abogado de Horsham.

Hice lo que me ordenaba, y cuando llegó el abogado me pidieron que subiera a la habitación. El fuego ardía vivamente, y en la

rejilla había una masa de cenizas negras y algodonosas, como de papel quemado; a un lado, abierta y vacía, estaba tirada la caja de latón. Al mirar la caja, advertí con sobresalto que en la tapa estaba grabada la triple K que había leído en el sobre por la mañana.

—Quiero, John, que seas testigo de mi testamento —dijo mi tío—. Dejo mi propiedad, con todas sus ventajas e inconvenientes, a mi hermano, tu padre, de quien, sin duda, la heredarás tú. Si puedes disfrutarla en paz, mejor para ti. Si ves que no puedes, sigue mi consejo, hijo mío, y déjasela a tu peor enemigo. Lamento dejaros un arma de dos filos como ésta, pero no sé qué giro tomarán los acontecimientos. Haz el favor de firmar el documento donde el señor Fordham te indique.

Firmé el papel como se me indicó, y el abogado se lo llevó. Como puede usted suponer, este curioso incidente me causó una profunda impresión, y no hacía más que darle vueltas en la cabeza, sin conseguir sacar nada en limpio. No conseguía librarme de una vaga sensación

de miedo que dejó a su paso, aunque la sensación se fue debilitando con el paso de las semanas, y no sucedió nada que perturbara la rutina habitual de nuestras vidas. Sin embargo, pude observar un cambio en mi tío. Bebía más que nunca y estaba más insociable que de costumbre. Pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, con la puerta cerrada por dentro, pero a veces salía en una especie de frenesí alcohólico, y se lanzaba fuera de la casa para recorrer el jardín con un revólver en la mano, gritando que él no tenía miedo a nadie y que no se dejaría acorralar, como oveja en el redil, ni por hombres ni por diablos. Sin embargo, cuando se le pasaban los ataques, corría precipitadamente a la puerta, cerrándola y atrancándola, como quien ya no puede hacer frente a un terror que surge de las raíces mismas de su alma. En tales ocasiones he visto su rostro, incluso en días fríos, tan cubierto de sudor como si acabara de sacarlo del agua.

Pues bien, para acabar con esto, señor Holmes, y no abusar de su paciencia, llegó una noche en la que hizo una de aquellas salidas de borracho

y no regresó. Cuando salimos a buscarlo, lo encontramos tendido boca abajo en un pequeño estanque cubierto de espuma verde que hay al extremo del jardín. No presentaba señales de violencia, y el agua sólo tenía dos palmos de profundidad, de manera que el jurado, teniendo en cuenta su fama de excéntrico, emitió un veredicto de suicidio. Pero yo, que sabía cómo se rebelaba ante el mero pensamiento de la muerte, tuve muchas dificultades para convencerme de que había salido deliberadamente a buscarla. No obstante, el asunto quedó definitivamente zanjado, y mi padre entró en posesión de la finca y de unas catorce mil libras que mi tío tenía en el banco.

—Un momento —le interrumpió Holmes—. Ya puedo anticipar que su declaración va a ser una de las más notables que jamás he escuchado. Déjeme anotar la fecha en que su tío recibió la carta y la fecha de su supuesto suicidio.

—La carta llegó el diez de marzo de mil ochocientos ochenta y tres. La muerte ocurrió

siete semanas después, la noche del dos de mayo.

—Gracias. Continúe, por favor.

—Cuando mi padre se hizo cargo de la finca de Horsham, por indicación mía, llevó a cabo una minuciosa inspección del ático que siempre había permanecido cerrado. Encontramos allí la caja de latón, aunque su contenido había sido destruido. En el interior de la tapa había una etiqueta de papel, con las iniciales K. K. K., repetidas una vez más, y las palabras «Cartas, informes, recibos y registro» escritas debajo. Suponemos que esto indicaba la naturaleza de los papeles que había destruido el coronel Openshaw. Por lo demás, no había en el ático nada de mayor importancia, aparte de muchísimos papeles revueltos y cuadernos con anotaciones de la vida de mi tío en América. Algunos eran de la época de la guerra, y demostraban que había cumplido bien con su deber, y que había ganado fama de soldado valeroso. Otros llevaban fecha del período de reconstrucción de los estados del sur, y trataban principalmente de política, resultando

evidente que había participado de manera destacada en la oposición a los políticos especuladores que habían llegado del norte.

Pues bien, a principios del ochenta y cuatro mi padre se trasladó a vivir a Horsham, y todo fue muy bien hasta enero del ochenta y cinco. Cuatro días después de Año Nuevo, oí a mi padre lanzar un fuerte grito de sorpresa cuando nos disponíamos a desayunar. Allí estaba sentado, con un sobre recién abierto en una mano y cinco semillas de naranja secas en la palma extendida de la otra. Siempre se había reído de lo que él llamaba mi disparatada historia sobre el coronel, pero ahora que a él le sucedía lo mismo se le veía muy asustado y desconcertado.

—Caramba, ¿qué demonios quiere decir esto, John? —tartamudeó.

A mí se me había vuelto de plomo el corazón.

—¡Es el K. K. K! —dije.

Mi padre miró el interior del sobre.

—¡Eso mismo! —exclamó—. Aquí están las letras. Pero ¿qué es lo que hay escrito encima?

—«Deja los papeles en el reloj de sol»— leí, mirando por encima de su hombro.

—¿Qué papeles? ¿Qué reloj de sol?

—El reloj de sol del jardín. No hay otro —dije yo—. Pero los papeles deben ser los que el tío destruyó.

—¡Bah! —dijo él, echando mano a todo su valor—. Aquí estamos en un país civilizado, y no aceptamos esta clase de estupideces. ¿De dónde viene este sobre?

—De Dundee —respondí, mirando el matasellos.

—Una broma de mal gusto —dijo él—. ¿Qué tengo yo que ver con relojes de sol y papeles? No pienso hacer caso de esta tontería.

—Yo, desde luego, hablaría con la policía —dije.

—Para que se rían de mí por haberme asustado. De eso, nada.

—Pues deja que lo haga yo.

—No, te lo prohíbo. No pienso armar un alboroto por semejante idiotez.

De nada me valió discutir con él, pues siempre fue muy obstinado. Sin embargo, a mí se me llenó el corazón de malos presagios.

El tercer día después de la llegada de la carta, mi padre se marchó de casa para visitar a un viejo amigo suyo, el mayor Freebody, que está al mando de uno de los cuarteles de Portsdown Hill. Me alegré de que se fuera, porque me parecía que cuanto más se alejara de la casa, más se alejaría del peligro. Pero en esto me equivoqué. Al segundo día de su ausencia, recibí un telegrama del mayor, rogándome que acudiera cuanto antes. Mi padre había caído en uno de los profundos pozos de cal que abundan en la zona, y se encontraba en coma, con el cráneo roto. Acudí a toda prisa, pero expiró sin recuperar el conocimiento. Según parece, regresaba de Fareham al atardecer, y como no conocía la región y el pozo estaba sin vallar, el jurado no vaciló en emitir un veredicto de «muerte por causas accidentales». Por muy cuidadosamente que examiné todos los hechos relacionados con su muerte, fui incapaz de encontrar nada que sugiriera la idea de

asesinato. No había señales de violencia, ni huellas de pisadas, ni robo, ni se habían visto desconocidos por los caminos. Y sin embargo, no necesito decirles que no me quedé tranquilo, ni mucho menos, y que estaba casi convencido de que había sido víctima de algún siniestro complot.

De esta manera tan macabra entré en posesión de mi herencia. Se preguntará usted por qué no me deshice de ella. La respuesta es que estaba convencido de que nuestros apuros se derivaban de algún episodio de la vida de mi tío, y que el peligro sería tan apremiante en una casa como en otra.

Mi pobre padre halló su fin en enero del ochenta y cinco, y desde entonces han transcurrido dos años y ocho meses. Durante este tiempo, he vivido feliz en Horsham y había comenzado a albergar esperanzas de que la maldición se hubiera alejado de la familia, habiéndose extinguido con la anterior generación. Sin embargo, había empezado a sentirme tranquilo demasiado pronto. Ayer por

la mañana cayó el golpe, exactamente de la misma forma en que cayó sobre mi padre.

El joven sacó de su chaleco un sobre arrugado y, volcándolo sobre la mesa, dejó caer cinco pequeñas semillas de naranja secas.

—Éste es el sobre —prosiguió—. El matasellos es de Londres, sector Este. Dentro están las mismas palabras que aparecían en el mensaje que recibió mi padre: «K. K. K.», y luego «Deja los papeles en el reloj de sol».

—¿Y qué ha hecho usted? —preguntó Holmes.

—Nada.

—¿Nada?

—A decir verdad —hundió la cabeza entre sus blancas y delgadas manos—, me sentí indefenso. Me sentí como uno de esos pobres conejos cuando la serpiente avanza reptando hacia él. Me parece estar en las garras de algún mal irresistible e inexorable, del que ninguna precaución puede salvarme.

—Tch, tch —exclamó Sherlock Holmes—. Tiene usted que actuar, hombre, o está perdido. Sólo

la energía le puede salvar. No es momento para entregarse a la desesperación.

—He acudido a la policía.

—¿Ah, sí?

—Pero escucharon mi relato con una sonrisa. Estoy convencido de que el inspector ha llegado a la conclusión de que lo de las cartas es una broma, y que las muertes de mis parientes fueron simples accidentes, como dictaminó el jurado, y no guardan relación con los mensajes.

Holmes agitó en el aire los puños cerrados.

—¡Qué increíble imbecilidad! —exclamó.

—Sin embargo, me han asignado un agente, que puede permanecer en la casa conmigo.

—¿Ha venido con usted esta noche?

—No, sus órdenes son permanecer en la casa. Holmes volvió a gesticular en el aire.

—¿Por qué ha acudido usted a mí? —preguntó
—. Y sobre todo: ¿por qué no vino inmediatamente?

—No sabía nada de usted. Hasta hoy, que le hablé al mayor Prendergast de mi problema, y él me aconsejó que acudiera a usted.

—Lo cierto es que han pasado dos días desde que recibió usted la carta. Deberíamos habernos puesto en acción antes. Supongo que no tiene usted más datos que los que ha expuesto... ningún detalle sugerente que pudiera sernos de utilidad.

—Hay una cosa —dijo John Openshaw. Rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un trozo de papel azulado y descolorido, que extendió sobre la mesa, diciendo—: Creo recordar vagamente que el día en que mi tío quemó los papeles, me pareció observar que los bordes sin quemar que quedaban entre las cenizas eran de este mismo color. Encontré esta hoja en el suelo de su habitación, y me inclino a pensar que puede tratarse de uno de aquellos papeles, que posiblemente se cayó de entre los otros y de este modo escapó de la destrucción. Aparte de que en él se mencionan las semillas, no creo que nos ayude mucho. Yo

opino que se trata de una página de un diario privado. La letra es, sin lugar a dudas, de mi tío.

Holmes cambió de sitio la lámpara y los dos nos inclinamos sobre la hoja de papel, cuyo borde rasgado indicaba que, efectivamente, había sido arrancada de un cuaderno. El encabezamiento decía «Marzo de 1869», y debajo se leían las siguientes y enigmáticas anotaciones:

4. Vino Hudson. Lo mismo de siempre.

7. Enviadas semillas a McCauley, Paramore y Swain de St. Augustine.

9. McCauley se largó.

10. John Swain se largó.

11. Visita a Paramore. Todo va bien.

—Gracias —dijo Holmes, doblando el papel y devolviéndoselo a nuestro visitante—. Y ahora, no debe usted perder un instante, por nada del mundo. No podemos perder tiempo ni para discutir lo que me acaba de contar. Tiene que volver a casa inmediatamente y ponerse en acción.

—¿Y qué debo hacer?

—Sólo puede hacer una cosa. Y tiene que hacerla de inmediato. Tiene que meter esta hoja de papel que nos ha enseñado en la caja de latón que antes ha descrito. Debe incluir una nota explicando que todos los demás papeles los quemó su tío, y que éste es el único que queda. Debe expresarlo de una forma que resulte convincente. Una vez hecho esto, ponga la caja encima del reloj de sol, tal como le han indicado. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente.

—Por el momento, no piense en venganzas ni en nada por el estilo. Creo que eso podremos lograrlo por medio de la ley; pero antes tenemos que tejer nuestra red, mientras que la de ellos ya está tejida. Lo primero en lo que hay que pensar es en alejar el peligro inminente que le amenaza. Lo segundo, en resolver el misterio y castigar a los culpables.

—Muchas gracias —dijo el joven, levantándose y poniéndose el impermeable—. Me ha dado usted nueva vida y esperanza. Le aseguro que haré lo que usted dice.

—No pierda un instante. Y sobre todo, tenga cuidado mientras tanto, porque no me cabe ninguna duda de que corre usted un peligro real e inminente. ¿Cómo piensa volver?

—En tren, desde Waterloo.

—Aún no son las nueve. Las calles estarán llenas de gente, así que confío en que estará usted a salvo. Sin embargo, toda precaución es poca.

—Voy armado.

—Eso está muy bien. Mañana me pondré a trabajar en su caso.

—Entonces, ¿le veré en Horsham?

—No, su secreto se oculta en Londres. Es aquí donde lo buscaré.

—Entonces vendré yo a verle dentro de uno o dos días y le traeré noticias de la caja y los papeles. Seguiré su consejo al pie de la letra.

Nos estrechó las manos y se marchó. Fuera, el viento seguía rugiendo y la lluvia golpeaba y salpicaba en las ventanas. Aquella extraña y disparatada historia parecía habernos llegado

arrastrada por los elementos enfurecidos, como si la tempestad nos hubiera arrojado a la cara un manojo de algas. Y ahora parecía que los elementos se la habían tragado de nuevo.

Sherlock Holmes permaneció un buen rato sentado en silencio, con la cabeza inclinada hacia adelante y los ojos clavados en el rojo resplandor del fuego. Luego encendió su pipa y, echándose hacia atrás en su asiento, se quedó contemplando los anillos de humo azulado que se perseguían unos a otros hasta el techo.

—Creo, Watson, que entre todos nuestros casos no ha habido ninguno más fantástico que éste —dijo por fin—. Exceptuando, tal vez, el del Signo de los Cuatro.

—Bueno, sí. Exceptuando, tal vez, ése. Aun así, me parece que este John Openshaw se enfrenta a mayores peligros que los Sholto.

—¿Pero es que ya ha sacado una conclusión concreta acerca de la naturaleza de dichos peligros? —pregunté.

—No existe duda alguna sobre su naturaleza —respondió.

—¿Cuáles son, pues? ¿Quién es este K. K. K., y por qué persigue a esta desdichada familia?

Sherlock Holmes cerró los ojos y colocó los codos sobre los brazos de su butaca, juntando las puntas de los dedos.

—El razonador ideal —comentó—, cuando se le ha mostrado un solo hecho en todas sus implicaciones, debería deducir de él no sólo toda la cadena de acontecimientos que condujeron al hecho, sino también todos los resultados que se derivan del mismo. Así como Cuvier podía describir correctamente un animal con sólo examinar un único hueso, el observador que ha comprendido a la perfección un eslabón de una serie de incidentes debería ser capaz de enumerar correctamente todos los demás, tanto anteriores como posteriores. Aún no tenemos conciencia de los resultados que se pueden obtener tan sólo mediante la razón. Se pueden resolver en el estudio problemas que han derrotado a todos los que han buscado la solución con la ayuda de los sentidos. Sin embargo, para llevar este arte a sus niveles más

altos, es necesario que el razonador sepa utilizar todos los datos que han llegado a su conocimiento, y esto implica, como fácilmente comprenderá usted, poseer un conocimiento total, cosa muy poco corriente, aun en estos tiempos de libertad educativa y enciclopedias. Sin embargo, no es imposible que un hombre posea todos los conocimientos que pueden resultarles útiles en su trabajo, y esto es lo que yo he procurado hacer en mi caso. Si no recuerdo mal, en los primeros tiempos de nuestra amistad, usted definió en una ocasión mis límites de un modo muy preciso.

—Sí —respondí, echándome a reír—. Era un documento muy curioso. Recuerdo que en filosofía, astronomía y política, le puse un cero. En botánica, irregular; en geología, conocimientos profundos en lo que respecta a manchas de barro de cualquier zona en cincuenta millas a la redonda de Londres. En química, excéntrico; en anatomía, poco sistemático; en literatura, sensacionalista, y en historia del crimen, único. Violinista, boxeador, esgrimista, abogado y autoenvenenador a base

de cocaína y tabaco. Creo que éstos eran los aspectos principales de mi análisis.

Holmes sonrió al escuchar el último apartado.

—Muy bien —dijo—. Digo ahora, como dije entonces, que uno debe amueblar el pequeño ático de su cerebro con todo lo que es probable que vaya a utilizar, y que el resto puede dejarlo guardado en el desván de la biblioteca, de donde puede sacarlo si lo necesita. Ahora bien, para un caso como el que nos han planteado esta noche es evidente que tenemos que poner en juego todos nuestros recursos. Haga el favor de pasarme la letra K de la Enciclopedia americana que hay en ese estante junto a usted. Gracias. Ahora, consideremos la situación y veamos lo que se puede deducir de ella. En primer lugar, podemos comenzar por la suposición de que el coronel Openshaw tenía muy buenas razones para marcharse de América. Los hombres de su edad no cambian de golpe todas sus costumbres, ni abandonan de buena gana el clima delicioso de Florida por una vida solitaria en un pueblecito inglés. Una vez en Inglaterra, su extremado apego a la

soledad sugiere la idea de que tenía miedo de alguien o de algo, así que podemos adoptar como hipótesis de trabajo que fue el miedo a alguien o a algo lo que le hizo salir de América. ¿Qué era lo que temía? Eso sólo podemos deducirlo de las misteriosas cartas que recibieron él y sus herederos. ¿Recuerda usted de dónde eran los matasellos de esas cartas?

—El primero era de Pondicherry, el segundo de Dundee, y el tercero de Londres.

—Del este de Londres. ¿Qué deduce usted de eso?

—Todos son puertos de mar. El que escribió las cartas estaba a bordo de un barco.

—Excelente. Ya tenemos una pista. No cabe duda de que es probable, muy probable, que el remitente se encontrara a bordo de un barco. Y ahora, consideremos otro aspecto. En el caso de Pondicherry, transcurrieron siete semanas entre la amenaza y su ejecución; en el de Dundee, sólo tres o cuatro días. ¿Qué le sugiere eso?

—La distancia a recorrer era mayor.

—Pero también la carta venía de más lejos.

—Entonces, no lo entiendo.

—Existe, por lo menos, una posibilidad de que el barco en el que va nuestro hombre, u hombres, sea un barco de vela. Parece como si siempre enviaran su curioso aviso o prenda por delante de ellos, cuando salían a cumplir su misión. Ya ve el poco tiempo transcurrido entre el crimen y la advertencia cuando ésta vino de Dundee. Si hubieran venido de Pondicherry en un vapor, habrían llegado al mismo tiempo que la carta. Y sin embargo, transcurrieron siete semanas. Creo que esas siete semanas representan la diferencia entre el vapor que trajo la carta y el velero que trajo al remitente.

—Es posible.

—Más que eso: es probable. Y ahora comprenderá usted la urgencia mortal de este nuevo caso y por qué insistí en que el joven Openshaw tomara precauciones. El golpe siempre se ha producido al cabo del tiempo necesario para que los remitentes recorran la distancia. Pero esta vez la carta viene de

Londres, y por lo tanto no podemos contar con ningún retraso.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Qué puede significar esta implacable persecución?

—Es evidente que los papeles que Openshaw conservaba tienen una importancia vital para la persona o personas que viajan en el velero. Creo que está muy claro que deben ser más de uno. Un hombre solo no habría podido cometer dos asesinatos de manera que engañasen a un jurado de instrucción. Deben ser varios, y tienen que ser gente decidida y de muchos recursos. Están dispuestos a hacerse con esos papeles, sea quien sea el que los tenga en su poder. Así que, como ve, K. K. K. ya no son las iniciales de un individuo, sino las siglas de una organización.

—¿Pero de qué organización?

—¿Nunca ha oído usted... —Sherlock Holmes se echó hacia adelante y bajó la voz—... nunca ha oído usted hablar del Ku Klux Klan?

—Nunca.

Holmes pasó las hojas del libro que tenía sobre las rodillas.

—Aquí está —dijo por fin—. «Ku Klux Klan»: «Palabra que se deriva del sonido producido al amartillar un rifle. Esta terrible sociedad secreta fue fundada en los estados del sur por excombatientes del ejército confederado después de la guerra civil, y rápidamente fueron surgiendo agrupaciones locales en diferentes partes del país, en especial en Tennessee, Louisiana, las Carolinas, Georgia y Florida. Empleaba la fuerza con fines políticos, sobre todo para aterrorizar a los votantes negros y para asesinar o expulsar del país a los que se oponían a sus ideas. Sus ataques solían ir precedidos de una advertencia que se enviaba a la víctima, bajo alguna forma extravagante pero reconocible: en algunas partes, un ramito de hojas de roble; en otras, semillas de melón o de naranja. Al recibir aviso, la víctima podía elegir entre abjurar públicamente de su postura anterior o huir del país. Si se atrevía a hacer frente a la amenaza, encontraba indefectiblemente la muerte, por lo

general de alguna manera extraña e imprevista. La organización de la sociedad era tan perfecta, y sus métodos tan sistemáticos, que prácticamente no se conoce ningún caso de que alguien se enfrentara a ella y quedara impune, ni de que se llegara a identificar a los autores de ninguna de las agresiones. La organización funcionó activamente durante algunos años, a pesar de los esfuerzos del gobierno de los Estados Unidos y de amplios sectores de la comunidad sureña. Pero en el año 1869 el movimiento se extinguió de golpe, aunque desde entonces se han producido algunos resurgimientos esporádicos de prácticas similares.»

—Se habrá dado cuenta —dijo Holmes, dejando el libro— de que la repentina disolución de la sociedad coincidió con la desaparición de Openshaw, que se marchó de América con sus papeles. Podría existir una relación de causa y efecto. No es de extrañar que él y su familia se vean acosados por agentes implacables. Como comprenderá, esos registros y diarios podrían implicar a algunos

de los personajes más destacados del sur, y puede que muchos de ellos no duerman tranquilos hasta que sean recuperados.

—Entonces, la página que hemos visto...

—Es lo que parecía. Si no recuerdo mal, decía: «Enviadas semillas a A, B y C». Es decir, la sociedad les envió su aviso. Luego, en sucesivas anotaciones se dice que A y B se largaron, supongo que de la región, y por último que C recibió una visita, me temo que con consecuencias funestas para el tal C. Bien, doctor, creo que podemos arrojar un poco de luz sobre estas tinieblas, y creo que la única oportunidad que tiene el joven Openshaw mientras tanto es hacer lo que le he dicho. Por esta noche, no podemos hacer ni decir más, así que pásame mi violín y procuremos olvidar durante media hora el mal tiempo y las acciones, aun peores, de nuestros semejantes.

La mañana amaneció despejada, y el sol brillaba con una luminosidad atenuada por la neblina que envuelve la gran ciudad. Sherlock Holmes ya estaba desayunando cuando yo bajé.

—Perdone que no le haya esperado —dijo—. Presiento que hoy voy a estar muy atareado con este asunto del joven Openshaw.

—¿Qué pasos piensa dar? —pregunté.

—Dependerá más que nada del resultado de mis primeras averiguaciones. Puede que, después de todo, tenga que ir a Horsham.

—¿Es que no piensa empezar por allí?

—No, empezaré por la City. Toque la campanilla y la doncella le traerá el café.

Mientras aguardaba, cogí de la mesa el periódico, aún sin abrir, y le eché una ojeada. Mi mirada se clavó en unos titulares que me helaron el corazón.

—Holmes —exclamé—. Ya es demasiado tarde.

—¡Vaya! —dijo él, dejando su taza en la mesa—. Me lo temía. ¿Cómo ha sido? —hablaba con tranquilidad, pero pude darme cuenta de que estaba profundamente afectado.

—Acabo de tropezarme con el nombre de Openshaw y el titular «Tragedia junto al puente de Waterloo. —Aquí está la crónica—: Entre las

nueve y las diez de la pasada noche, el agente de policía Cook, de la división H, de servicio en las proximidades del puente de Waterloo, oyó un grito que pedía socorro y un chapoteo en el agua. Sin embargo, la noche era sumamente oscura y tormentosa, por lo que, a pesar de la ayuda de varios transeúntes, resultó imposible efectuar el rescate. No obstante, se dio la alarma y, con la ayuda de la policía fluvial, se consiguió por fin recuperar el cuerpo, que resultó ser el de un joven caballero cuyo nombre, según se deduce de un sobre que llevaba en el bolsillo, era John Openshaw, y que residía cerca de Horsham. Se supone que debía ir corriendo para tomar el último tren de la estación de Waterloo, y que debido a las prisas y la oscuridad reinante, se salió del camino y cayó por el borde de uno de los pequeños embarcaderos para los barcos fluviales. El cuerpo no presenta señales de violencia, y parece fuera de dudas que el fallecido fue víctima de un desdichado accidente, que debería servir para llamar la atención de nuestras autoridades acerca del estado en que se encuentran los embarcaderos del río.»

Permanecimos sentados en silencio durante unos minutos, y jamás había visto a Holmes tan alterado y deprimido como entonces.

—Esto hiere mi orgullo, Watson —dijo por fin—. Ya sé que es un sentimiento mezquino, pero hiere mi orgullo. Esto se ha convertido en un asunto personal y, si Dios me da salud, le echaré el guante a esa cuadrilla. ¡Pensar que acudió a mí en busca de ayuda y que yo lo envié a la muerte! —se levantó de un salto y empezó a dar zancadas por la habitación, presa de una agitación incontrolable, con sus enjutas mejillas cubiertas de rubor y sin dejar de abrir y cerrar nerviosamente sus largas y delgadas manos—. Tienen que ser astutos como demonios —exclamó al fin— ¿Cómo se las arreglaron para desviarle hasta allí? El embarcadero no está en el camino directo a la estación. No cabe duda de que el puente, a pesar de la noche que hacía, debía estar demasiado lleno de gente para sus propósitos. Bueno, Watson, ya veremos quién vence a la larga. ¡Voy a salir!

—¿A ver a la policía?

—No, yo seré mi propia policía. Cuando yo haya tendido mi red, podrán hacerse cargo de las moscas, pero no antes.

Pasé todo el día dedicado a mis tareas profesionales, y no regresé a Baker Street hasta bien entrada la noche. Sherlock Holmes no había vuelto aún. Eran casi las diez cuando llegó, con aspecto pálido y agotado. Se acercó al aparador, arrancó un trozo de pan de la hogaza y lo devoró ávidamente, ayudándolo a pasar con un gran trago de agua.

—Viene usted hambriento —comenté.

—Muerto de hambre. Se me olvidó comer. No había tomado nada desde el desayuno.

—¿Nada?

—Ni un bocado. No he tenido tiempo de pensar en ello.

—¿Y qué tal le ha ido?

—Bien.

—¿Tiene usted una pista?

—Los tengo en la palma de la mano. La muerte del joven Openshaw no quedará sin venganza.

Escuche, Watson, vamos a marcarlos con su propia marca diabólica. ¿Qué le parece la idea?

—¿A qué se refiere?

Tomó del aparador una naranja, la hizo pedazos y exprimió las semillas sobre la mesa. Cogió cinco de ellas y las metió en un sobre. En la parte interior de la solapa escribió «De S. H. a J. C.. —Luego lo cerró y escribió la dirección—: Capitán Calhoun, Barco Lone Star, Savannah, Georgia».

—Le estará esperando cuando llegue a puerto —dijo riendo por lo bajo—. Eso le quitará el sueño por la noche. Será un anuncio de lo que le espera, tan seguro como lo fue para Openshaw.

—¿Y quién es este capitán Calhoun?

—El jefe de la banda. Cogeré a los otros, pero primero él.

—¿Cómo lo ha localizado?

Sacó de su bolsillo un gran pliego de papel, completamente cubierto de fechas y nombres.

—He pasado todo el día —explicó— en los registros de Lloyd's examinando periódicos atrasados, y siguiendo las andanzas de todos los barcos que atracaron en Pondicherry en enero y febrero del ochenta y tres. Había treinta y seis barcos de buen tonelaje que pasaron por allí durante esos meses. Uno de ellos, el Lone Star, me llamó inmediatamente la atención, porque, aunque figuraba como procedente de Londres, el nombre, «Estrella Solitaria», es el mismo que se aplica a uno de los estados de la Unión.

—Texas, creo.

—No sé muy bien cuál; pero estaba seguro de que el barco era de origen norteamericano.

—Y después, ¿qué?

—Busqué en los registros de Dundee, y cuando comprobé que el Lone Star había estado allí en enero del ochenta y cinco, mi sospecha se convirtió en certeza. Pregunté entonces qué barcos estaban atracados ahora mismo en el puerto de Londres.

—¿Y...?

—El Lone Star había llegado la semana pasada. Me fui hasta el muelle Albert y descubrí que había zarpado con la marea de esta mañana, rumbo a su puerto de origen, Savannah. Telegrafíé a Gravesend y me dijeron que había pasado por allí hacía un buen rato. Como sopla viento del este, no me cabe duda de que ahora debe haber dejado atrás los Goodwins y no andará lejos de la isla de Wight.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—Oh, ya les tengo puesta la mano encima. Me he enterado de que él y los dos contramaestres son los únicos norteamericanos que hay a bordo. Los demás son finlandeses y alemanes. También he sabido que los tres pasaron la noche fuera del barco. Me lo contó el estibador que estuvo subiendo su cargamento. Para cuando el velero llegue a Savannah, el vapor correo habrá llevado esta carta, y el telégrafo habrá informado a la policía de Savannah de que esos tres caballeros son reclamados aquí para responder de una acusación de asesinato.

Sin embargo, siempre existe una grieta hasta en el mejor trazado de los planes humanos, y

los asesinos de John Openshaw no recibirían nunca las semillas de naranja que les habrían anunciado que otra persona, tan astuta y decidida como ellos, les iba siguiendo la pista. Las tormentas equinocciales de aquel año fueron muy prolongadas y violentas. Durante semanas, esperamos noticias del Lone Star de Savannah, pero no nos llegó ninguna. Por fin nos enteramos de que en algún punto del Atlántico se había avistado el codaste destrozado de una lancha, zarandeado por las olas, que llevaba grabadas las letras «L. S.», y eso es todo lo más que llegaremos nunca a saber acerca del destino final del Lone Star.

FIN



